



En las dos páginas, distintos tipos de embarcaciones que surcaban las aguas del Ebro durante Los Sitios. MIGUEL FUERTES.

El río Ebro. La guerra fluvial en Los Sitios

JAIME LATAS FUERTES
INVESTIGADOR

La geografía, junto con los hombres y las armas, son los tres elementos esenciales de la batalla. El río Ebro es el accidente geográfico más relevante de la ciudad de Zaragoza, siendo esta circunstancia determinante para los hechos bélicos que se estaban desarrollando en aquel lejano año de 1808 y que dieron lugar a la batalla de Zaragoza, en la que el desarrollo terrestre de la misma tuvo una variante naval y fluvial apenas conocida. El dominio de las barcas y pontones españoles sobre la jurisdicción fluvial de la ciudad sitiada contrastaba con el resto del escenario de la batalla. La iniciativa pertenecía al ejército invasor francés

Cuatro son los cursos de agua permanente que pertenecen por derecho propio a la geografía zaragozana. A saber, el Ebro, el Gállego, el Huerva y el recién estrenado Canal Imperial¹. Todos ellos ofrecían, en mayor o menor medida, las siguientes particularidades de las que un río dota al campo de batalla: su cruce es difícil y adquiere un gran valor como obstáculo; este obstáculo es extenso y continuo; dificulta el paso e impide la comunicación entre las orillas; aísla las márgenes y obliga a su fortificación, amplía el campo de batalla y ofrece recursos abundantes como leña o agua. Por todo esto, se puede afirmar que los ríos son, en general, un formidable obstáculo natural que favorece notablemente la actitud defensiva.

Al principio de las hostilidades, y dada la progresión del ejército invasor por la carretera de Navarra hacia Zaragoza, el Ebro era visto por los franceses como un aliado que cerraba el flanco izquierdo, mientras que el canal era una vía por la que le llegaban los pertrechos desde su base logística de Tudela. Pero enseguida, este aliado cambió de bando y el río formó con la ciudad una alianza defensiva que duraría hasta la capitulación de la misma.

En efecto, durante el primer Sitio iba a ser el río el que evitase que el cerco de la ciudad fuera efectivo y el Rabal siempre fue accesible a la ciudad por el puente de Piedra, mientras que las comunicaciones con Lérida y Castellón permanecían abiertas. El general Verdier, que sus-

tituyó a finales de junio a Lefebvre, decide, como buen estratega que es, abandonar el asalto frontal, procediendo a cerrar el cerco y realizar la complicada operación de forzar el paso del Ebro construyendo un puente bajo el fuego².

El interés del control del Ebro era tan evidente que desde el primer momento de las hostilidades los contendientes habían luchado en los vados, habían cambiado de orilla e, incluso, las numerosas barcas que lo poblaban fueron inmisericordemente saboteadas y mandadas a pique. Pero será en el segundo Sitio cuando el río, henchido y a pleno caudal, obligue a una forma más específica de combate fluvial, pues a medida que el cerco se estrecha y se hace más eficaz, va a ser el río la única parte del escenario de la batalla de Zaragoza que los franceses no podrán dominar y controlar nunca.

El río bajo el control de los sitiados

El Ebro, desde el Castillo de la Aljafería hasta la desembocadura del Huerva, estaba fuera de control del ejército invasor y los españoles se aprovecharon de esa debilidad táctica francesa. Se recogía leña y agua, se mandaban refuerzos y se evacuaban heridos del Rabal, se atacaba y golpeaba a las baterías fortificadas cerca del río y hasta se llegó a realizar, en pleno cerco, una concentración de tropas *Parada* y *Vista* ide más de 20.000 hombres³.

La eficacia de este control del río por los sitiadores estaba basada en que las dos orillas podían cruzar el fuego en todas direcciones solapándose con el tiro transversal que podía hacerse desde el puente de Piedra. Pero es que, además, numerosas barcas permanecían alistadas a disposición de los sitiados siendo su uso por estos constante y atrevido. En el agua, la iniciativa siempre la llevaron los defensores de la ciudad.

El combate fluvial y las lanchas de fuerza

Es sorprendente el escaso eco y el desconocimiento que se tiene acerca de los combates navales o fluviales que tuvieron lugar en Zaragoza durante el segundo Sitio. Y extraña mucho más saber que esta forma de combate naval se dio por primera vez en la Guerra de la Independencia⁴ y, precisamente, en una ciudad de interior, alejada del mar 250 kilómetros.



Pero este silencio se hace más difícil de entender, si cabe, por cuanto que son numerosos los testimonios de diversos autores españoles, franceses o polacos que relatan estos hechos. El oficial sitiador Barón de Lejaune comentará de estas barcas que *mantuvieron en jaque a los invasores en las dos orillas del río*.

Un arma curiosa y poderosa estaba siendo usada en el control de facto del río por los defensores con cierta maestría no exenta de intrepidez. Son las lanchas cañoneras que durante el segundo Sitio se adueñaron de las aguas zaragozanas.

El dominio de las barcas y pontones españoles sobre la jurisdicción fluvial de la ciudad sitiada contrastaba con el resto del escenario de la batalla, donde la iniciativa pertenecía al ejército invasor francés lo que, sin duda alguna, contribuyó al éxito de la defensa y a la prolongación de la misma más allá de lo razonable.

Las «barcas artilladas»

Sobre el cauce del río, un arma, modesta y poderosa, fue puesta al servicio de la defensa de la ciudad: las «barcas artilladas» o «chalupas cañoneras» como las llamaron los franceses. Estas lanchas se adueñaron del río y fueron capaces de mantener la iniciativa en el combate, asegurando de facto la soberanía española en las aproximadamente 60 hectáreas de las aguas zaragozanas.

Estas «barcas artilladas»⁵ contaban con una tripulación de 20 hombres que movían 18 remos. Su armamento y potencia de fuego, dado su tamaño, era formidable. Belmas dice que estaban armadas de *tres piezas*, y Alcalde Ibieta especifica algo más: *un violento y dos obuses cada uno* a lo que habría que añadir el armamento individual de los remeros. Este artillado resultó un éxito técnico notable, dado el reducido tamaño de la plataforma, y su potencia de fuego fue ca-

paz de sostener un duelo con varias baterías francesas. Lejaune comentará, entre sorprendido y admirado, que estas barcas *tuvieron en jaque a los invasores en las dos orillas del río.*

Las tripulaciones

Al mando de esta pequeña armada, Palafox había situado a Domingo Murcia, y los cronistas galos y polacos afirman que las «barcas artilladas» eran tripuladas por marinos de Cartagena. Y si bien esto es cierto, también nos encontramos con muchos otros de la ciudad, como los que tripulaban la cañonera *Nuestra señora del Portillo*, a cuyo mando se encontraba don Nicolás Henarejos. Él mismo así lo cuenta en su informe *La tripulación que es aragonesa.*

Cartageneros o aragoneses, qué más da el origen, tuvieron un comportamiento admirable. Bien en los pontones que rompieron el cerco o bien en las barcas de fuerza, lucharon valientemente e hicieron posible que el Ebro y sus aguas capitalinas se mantuvieran siempre libres del invasor.

Los combates

El 10 de Enero, una de las barcas sale por la orilla izquierda protegida por los Voluntarios de Aragón, rebasa el convento de San Lázaro y ataca una casa en poder de los franceses cercana a la batería número 14. El fuego de cañón es contestado por la guardia francesa que hace fuego desde las dos orillas, alcanzando con sus disparos en una pierna al comandante de las lanchas, Domingo Murcia. El tiroteo arrecia y dado que se considera alcanzado el objetivo de sorprender y molestar al enemigo, la cañonera retorna a su punto de partida en las casas del muelle. Por cierto, que Belmas dice que esta *pequeña escena*

No todas las operaciones fueron de combate. También hubo muchas de aprovisionamiento

había atraído a gran número de personas.

Unos día más tarde tendrá lugar otra operación similar, pero aguas arriba de la ciudad. El 15 de enero a las dos

y media de la tarde y aprovechando una espesa niebla que ocultaba los preparativos, partió la barca artillada *Nuestra Señora del Portillo*, al mando de Nicolás Henarejos, con la misión de dar un golpe de mano a la batería que los franceses tenían montada a la espalda del castillo.

La tripulación desembarca y, pie a tierra, arrastra con sigilo la embarcación hasta que situados a la espalda de sus enemigos les sorprende y ataca. Los franceses dan la alarma, su artillería comienza a disparar entre la niebla «a discreción» sin acertar a situar correctamente la barca. Los tripulantes, tras agotar sus municiones de cañón, se retiran al auxilio de la batería de Sancho, que realizó fuego de cobertura.

Una vez más, las lanchas españolas eligieron el momento y la oportunidad para atacar, sin que los franceses pudieran hacer algo más que rechazar puntualmente los ataques y permanecer siempre incómodos y alerta en las posiciones del río.

No todas las operaciones fueron estrictamente de combate. También hubo otras muchas de aprovisionamiento entre las dos orillas o como la del traslado de baterías a la Torre de Belchite. Pero sobre todas ellas hay que destacar, por su importancia, el dramático rescate de numerosos paisanos y soldados de la orilla izquierda tras la crisis que supuso la pérdida del Rabal el 18 de febrero de 1809.

Éste será el último servicio en defensa de la ciudad de esta peculiar, invicta e ignorada flota fluvial española, que combatió en aquella batalla del Ebro de hace 200 años.

Notas a pie de página

1 El Coronel de Ingenieros Antonio San Genis diseñó y realizó, en apenas dos meses, un rectángulo defensivo que transformó la ciudad en una plaza fortificada. De los cuatro lados del rectángulo tres se apoyaban en un curso de Agua.

2 El francés J. Belmas atribuye al mismo Napoleón las órdenes concretas del paso del río "Conforme las órdenes del Emperador se arrojó en la noche del día 11 de Julio un puente sobre el Ebro".

3 Palafox, en una clara acción propagandística y destinado a insuflar moral a los sitiados, realizó el 21 de Enero una concentración de paisanos en armas denominada *Parada y*

Vista siendo el lugar elegido para esta parada la orilla del Ebro donde revistaré a la tropa por espacio de dos horas.

4 Las lanchas cañoneras habían sido utilizadas por primera vez en la Armada española en los sitios de Tunez y Gibraltar. Durante la Guerra de la Independencia, el éxito de las cañoneras aragonesas lo veríamos repetido en Valencia en 1811, y sobre todo en el cerco de Cádiz y durante toda la guerra naval que fue sostenida, en su mayor parte, por la marina Inglesa.

5 Estas lanchas cañoneras se habían hecho al transformar los dos grandes pontones que transportaban la sal a la ciudad desde Remolinos o el Castellar. Ver XXI Premio Los Sitios.